

EL ÁRBOL DE PICNIC

Por **Bernardine Beatie**

-A Mediodía nos encontraremos junto al árbol de picnic -dijo Lorenzo a sus amigos cuando sonó la campana.

-¡El árbol de picnic! - respondieron los amigos de Lorenzo haciendo eco. Lorenzo sonrió al recordar todas las veces que él y sus amigos se habían reunido bajo las ramas extendidas del gran roble. La verdad es que ése era un lugar favorito de todos los niños que asistían a la escuelita que servía a la zona rural, no muy densamente poblada, donde Lorenzo vivía.



La madre de Lorenzo le había dicho que cuando ella era niña ocurría lo mismo. Ya en ese tiempo el árbol había sido un lugar de reunión y ella y sus amigas solían jugar a su sombra acogedora.

Todos se admiraban de que ese árbol hubiera crecido tan grande en esa planicie seca donde lo único que crecía eran mezquites y robles achaparrados.

El árbol de picnic había sido un hito o señal desde hacía tanto tiempo, que todos lo consideraban parte de la propiedad de la escuela, aunque en realidad estaba del otro lado del cerco, en un potrero de la hacienda Walter.

El Sr. Walter hacía mucho que se había mudado a otro lugar, pero el portón que daba acceso al árbol de picnic nunca se había cerrado con candado.

A mediodía Lorenzo y sus amigos cruzaron apresuradamente el patio de la escuela. Al acercarse al portón, se miraron con ojos incrédulos. Un hombre alto -un extraño- acababa de colocar una cadena en torno al poste del portón y estaba cerrando la puerta con un candado... la puerta que conducía al árbol de picnic.

-Hola, muchachos -dijo el desconocido-. Me llamo José Rankin. Acabo de comprar el establecimiento Walter. No me gusta cerrar esta puerta con candado, pero traeré ovejas a este campo de pastoreo. Y temo que alguien deje la puerta abierta.

-Seremos muy cuidadosos, Sr. Rankin -se adelantó Lorenzo-. Yo... no sé cómo nos arreglaremos sin el árbol de picnic.

El Sr. Rankin miró pensativo a Lorenzo.

-Lo siento, hijo. No tendrán más remedio que encontrar otro lugar para jugar.

Y dándose vuelta, se fue.

Los muchachos quedaron pasmados. Pronto se les unieron otros grupos de muchachos y chicas. Al principio no podían creer que la puerta estuviera cerrada con llave y que se les prohibiera reunirse junto al árbol de picnic. Entonces algunos de los muchachos comenzaron a protestar.

- ¿Y qué nos impide que pasemos por arriba del alambrado? -preguntó Teodoro.

-Esa no es la solución -comentó la Srta. Simón, la maestra de Lorenzo, que acababa de llegar del patio de juegos de la escuela-. Al fin y al cabo el Sr. Rankin está en su derecho de cerrar con candado el portón. Después de las clases iré a verlo para conversar con él. El es nuevo aquí y no se da cuenta cuánto significa para todos nosotros el árbol de picnic.

A la mañana siguiente la Srta. Simón informó que el Sr. Rankin había sido amable pero firme en su

negativa de reabrir el portón.

A mediodía Lorenzo y sus amigos se acercaron al portón y quedaron mirando el rebaño de ovejas acostado a la sombra del árbol de picnic. Volvieron luego a la escuela para almorzar, pero por alguna razón los sandwiches no tenían el mismo gusto que de costumbre.

Después de las clases los alumnos se apiñaron en el ómnibus amarillo para volver a sus hogares. De pronto Lorenzo miró por la ventanilla de atrás.

-¡Oigan! -exclamó-. ¡Las ovejas del Sr. Rankin están afuera! Van hacia el cañón. Mejor que hagamos algo, o de lo contrario se extraviarán y nunca más las encontrará.

Teodoro le avisó a la Srta. Simón que manejaba el ómnibus de la escuela. La Srta. Simón guió el ómnibus hacia un lado del camino y lo detuvo. Lorenzo, Teodoro y varios de sus amigos saltaron del ómnibus.

-Pasaré por la casa del Sr. Rankin -anunció la Srta. Simón-. Si Uds. muchachos se apresuran, y toman un sendero cortando campo podrán atajar las ovejas antes de que entren en el cañón.

-Procuraremos hacerlo -dijo Lorenzo.

-No sé por qué tenemos que hacer ningún favor al Sr. Rankin -murmuró uno de los muchachos.

Lorenzo sonrió.

-Yo sé cómo te sientes. Pero no podemos culpar a las ovejas. ¡Tratemos de atajarlas!

Por un momento Lorenzo pensó que sus amigos rehusarían hacerlo. Pero de pronto se rieron.

-Tienes razón, Lorenzo -exclamó Teodoro.

Las ovejas habían avanzado bastante por el camino. Afortunadamente el campo estaba alambrado a ambos lados del camino, hasta llegar al cañón, de manera que los animales no podían desviarse.

-Tratemos de alcanzar la curva del camino donde éste va hasta el cañón -exclamó Lorenzo-. Ese es el lugar donde podremos hacer retroceder las ovejas, si es que llegamos a tiempo.

Los muchachos corrían con todas sus fuerzas atravesando el potrero. Lorenzo iba a la cabeza. De pronto avistó la curva del camino. Jadeante gateó entonces debajo del alambrado.

-¡Llegamos a tiempo! -gritó a sus amigos-. Las ovejas están dando vuelta por la curva.

Los muchachos lograron atajar las ovejas y conducir las de vuelta hacia la escuela. No habían andado mucho cuando a corta distancia apareció la camioneta del Sr. Rankin que iba dando tumbos hacia ellos.

-¡Muy bien, muchachos! -dijo el Sr. Rankin saltando de la camioneta para ayudar a conducir las ovejas.

-Cuando cruzamos el campo de pastoreo -explicó Teodoro-, vi el lugar donde estaba roto el alambrado. No está muy lejos de la escuela. ¡Pero nosotros no lo hicimos! -se apresuró a decir.

-Yo sé que no lo hicieron, hijo -afirmó el Sr. Rankin-. Debiera haber pasado más tiempo revisando los alambrados que los portones. Si Uds. me ayudan, arreglaremos el alambrado roto. Lo correremos para atrás para que no haya ninguna puerta ni alambrado entre la escuela y el árbol de picnic -declaró el Sr. Rankin, y haciéndole una guiñada a Lorenzo añadió-: ¿Piensan que podrán ayudarme?

Lorenzo sonrió. Por los vivos con que fueron recibidas las palabras del Sr. Rankin, no cabía la menor duda de que obtendría toda la ayuda que necesitara para arreglar el alambrado.